

Enrique López Aguilar*

*A Marta
y a José Francisco Conde,
escorpiones que festejan cumpleaños
los 25 de octubre.*

Será por la querencia, pero José Francisco Conde Ortega, nacido en Atlixco, Puebla, en 1951, ha decidido quedarse a vivir en Ciudad Nezahualcóyotl, tal vez porque, casi casi, ahí esta a medio camino entre Puebla y la Ciudad de México y entre sensibilidades duales que se intermedian a través de la poesía y de ese cruce de caminos que es su persona: es el caso de la cultura literaria del siglo XIX mexicano desarrollada casi toda en los estados o por provincianos que llegaban a lo que todavía no se llamaba De Efe, que convive en él con una acendrada vocación de bicho urbano; asimismo, el de su afinidad con la poesía trovadoresca, que no es contradictoria con su amor y erudiciones alrededor del bolero, lo cual lo hace convertir a la cantina y al arrabal en la corte de amor de la que

* Área de Literatura, Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco.
1 José Francisco Conde Ortega. *Intruso corazón*. UAM-Azcapotzalco, México, 1994. 33 pp.

surgen los versos atrevidos y enamorados que se murmurarán, al oído y en privado, a la mujer amada, deseada; finalmente, un poco a la manera de Manuel Gutiérrez Nájera, modernista que no se aleja demasiado de sus preferencias epocales, la obra de Francisco Conde escancia, mediante complejas permutaciones, esas sutiles metamorfosis que van del vino a la mujer, de la mujer al amor y del amor al vino. En el cruce de caminos, Conde se permite jugar con la inserción de versos o imágenes provenientes de otros poemas para completar alguno de los propios. Basten, en todo caso, para comprobar algo de lo que llevo dicho, los cinco títulos poéticos que anteceden a *Intruso corazón*, pues en ellos consta una línea y una voz poética que han ido madurando y afianzando tesis y coherencias temáticas a lo largo de casi diez años de publicaciones: *Vocación de silencio* (1985), *La sed del marinero que regresa* (1988), *Para perder tus ojos* (1990), *Los lobos viven del viento* (1991) e *Imagen de la sombra* (1994).

Los dieciocho poemas de *Intruso corazón* reúnen algunos de los itinerarios de los años precedentes, aunque agregan fuertes connotaciones recoletas y privadas que se pueden vislumbrar en las siguientes circunstancias: sacralizado, el espacio de los poemas suele ser el de la cama y la habitación conyugales; ofendido por las obligaciones del trabajo y la sobrevivencia, el tiempo de los encuentros será la noche; protagonistas de un juego de seducciones y de diálogos permanentes, los nombres de quien se adueña de la voz masculina y de quien posee la interlocución femenina serán *yo* y *tú*. Un grupo de ocho poemas de *Intruso corazón* tiene, por lo mismo, una fuerte connotación conyugal: “Celebración”, “Con las primeras sombras”, “Sueño”, “Vigilia”, “Vivimos al oriente”, “Otro sueño”, “Licor” y “Resurrección”, de lo cual es una muestra el siguiente texto, que propicia el encuentro de la pareja, a pesar de los recorridos ciudadanos, del trabajo y la jornada llena de obligaciones y minucias pragmáticas que separan a la pareja:

Vivimos al oriente
de una ciudad *ojerosa y pintada*.
Tiene su propio volcán de tierra
y el trazo inhóspito de la emergencia.

Pero le ofreces tu luz
y sabe encandilar mis pasos
cuando regreso,
por la noche,
de una ocupación que no lastima.

La caminamos entonces,
borramos sus cicatrices,
deshacemos su accidentada geografía
y construimos el templo de la noche.²

El resto de las circunstancias, en el libro, es asunto de los otros diez poemas, en los que el erotismo, la mirada al cuerpo femenino y los momentos luminosos del encuentro de la pareja alcanzan dimensiones más amplias y menos conyugales, lo cual significa que esos diez hablan de cualquier pareja, de todas las parejas, y no de una en particular, como la del *Diario de un poeta recién casado*, de Juan Ramón Jiménez, lo cual, en última instancia, no es más que un problema de identidad que biógrafos y genealogistas literarios podrían intentar esclarecer. La pregunta pertinente sería: ¿eso vale la pena? Creo que vale más la pena señalar que, no obstante la clasificación de ocho poemas conyugales y diez de tono general, no sólo la de este libro, sino toda la poesía, se despoja de sus signos de identidad y de los accidentes particulares para viajar “universalmente” hacia sus lectores, cosa que Francisco Conde refuerza al implicar en cada texto, minuciosa y exclusiva-

2 “Vivimos al oriente” en *ibid.*, p. 21.

mente, las personas del *yo* y del *tú*. Una de las muestras más bellas de esta vertiente “abstracta” sería la del siguiente, brevísimo poema, que casi busca la concentración del *hai-kai*:

Casi inmóvil, paciente,
me esperas como un lirio abierto;

dices algunas cosas
y tiembles suavemente:

otra sombra exaspera la oscuridad
en el centro de tu cuerpo.³

En los dos grupos de poemas que he localizado (vale decir, en los dieciocho que configuran el poemario), se entrecruzan símbolos personales del autor que, a fuerza de prodigarse en muchos textos, generan una red de significaciones complementarias y, casi, de lecturas entrecruzadas, por lo que terminan imponiéndose como una subestructura tonal de toda la *plaque*. Me parece distinguir cuatro emblemas muy visibles: el otoño, la arena, el ángel y el alcohol.

Aunque alguna de las menciones al verano crepuscular de agosto interrumpa el regodeo con la estación que coincide con la fiesta del cumpleaños del poeta, es indudable su predilección por el otoño. Hablar de los privilegios poéticos de cualquiera de las estaciones resultaría ocioso, porque todas acabarían teniéndolos, así que es más fecundo entender que, en el imaginario personal de Conde, el otoño—especialmente, el mes de septiembre—evoca, convoca y propicia los rituales carnales de la pareja, vaya uno a saber si porque *de las lunas, la de octubre es más hermosa*,

3 “Dulce sombra” en *ibid.*, p. 23.

o si porque los otoños suelen ser imborrablemente azules y transparentes en la Ciudad de México (pero también los meses de enero y abril), o si porque existen razones zodiacales que el lector apenas intuye.

Al margen de lo dicho, *Intruso corazón* crea imágenes particulares y personales que el lector acepta porque ésa es parte de las relaciones de verosimilitud que se establecen entre el público y la obra: la voz poética del libro logra convencer a quien la escucha de que la estacionalidad del amor debe ser como ella dice y de que todo ocurre en la pareja, como se debe, sólo en el otoño —aunque, íntimamente, uno pudiera preferir las primaveras, los veranos o los inviernos—, pues Conde dice así:

Yo conozco el cuarto día de septiembre,
cuando se afila el aire,
cuando naciste
al amparo de todos los presagios.

Y septiembre es unos labios
que me llaman desde el otro lado de la tarde...

El presagio de septiembre es un pájaro
de arena y el perfume de una tarde...⁴

Hay que decirlo nuevamente, no obstante que uno ya se haya convencido de las bondades del otoño en contra de otras preferencias personales: algunos poemas tienen mucha cercanía entre sí por el *leitmotiv* de la otoñalidad y las alusiones al noveno y décimo mes del año, como en “Con las primeras sombras” “De pronto sabemos / que el otoño es un poco de horizonte”⁵), al igual

4 “Presagio” en *ibid.*, p. 11.

5 “Con las primeras sombras” en *ibid.*, p. 13.

que en “Tercer acto” (‘El recuerdo de septiembre / es un temblor de claveles cerca de la tarde’⁶), y como en “El aroma de tu piel” (‘A la mitad de agosto / el aroma de tu piel [...] Luego el inicio de la flama / y diez veces el fragor del almanaque’⁷), lo cual le da al conjunto un tono crepuscular que no se contradice con el protagonismo de tardes y noches de amor que pululan en el poemario, pues edifica una afirmación otoñal en la que los impulsos del erotismo parecieran obstinarse contra el que va a ser el inminente descanso de la tierra: no debe olvidarse que la tercera es la estación de la siega, de la cosecha, la vendimia y la recolección de los frutos.

Junto al símbolo personal de los tiempos otoñales, es necesario agregar el de la arena, cuya primera asociación es la del infinito y la vastedad, como ese ‘polvo incalculable que fue ejércitos’, de Borges. Casi siempre, el tópico condésiano de la arena aparece alrededor de la inminencia erótica: es el caso del ‘pájaro / de arena y el perfume de una tarde’, ya citado arriba. Más adelante, en “Tercer acto”, reaparece el símbolo: ‘un mensaje de arena / en la palma de la mano’⁸, pero también es

Lo sabemos
porque en las primeras sombras
de los meses que tocamos con dedos temerosos,
tus ojos se suavizan,
con una ternura nueva,
hasta convertirse en polvo de oro.⁹

6 “Tercer acto” en *ibid.*, p. 29.

7 “El aroma de tu piel” en *ibid.*, p. 31.

8 “Tercer acto” en *ibid.*, p. 29.

9 “Con las primeras sombras” en *ibid.*, p. 13.

La arena no deja de recordar la materia carnal y terrestre de la que procede el hombre, por lo menos desde la visión de los mitos del *Génesis*, de modo que, junto a esa creación original que es el erotismo, las exactas visiones de pájaro, palma de la mano y ojos, asociados con una imagen de arena y polvo de oro, no dejan de aludir al Adán hecho de arcilla roja, al barro del que surge el extraño matrimonio de la primera triada: Lilith, Adán, Eva. Entre la primera, amante erótica a la que no le importa derramar la simiente del amado, siempre y cuando se cumplan los ritos del placer, y la segunda, mujer y esposa que garantiza la progenie y la dispersión de la familia humana sobre la tierra, se encierran y atormentan las noches y los desvelos del más frágil de los Adanes. La arena, recuerdo de un destino y un origen es, en las imágenes eróticas de Conde, la constancia de una materia que confirma su fragilidad y fortaleza en el instante inminente de los cuerpos. Además, si se recuperan las asociaciones de color y textura entre el polvo de oro y la arena, la nobleza del oro alquímico y su maleable invulnerabilidad parecen reforzar la carga hermética del erotismo como piedra filosofal de los dos cuerpos, que se encuentran entre el fragor de las sábanas y las páginas de un libro.

En cuanto al tercer símbolo recurrente, el del ángel, Conde lo incluye en *Intruso corazón* de las siguientes maneras: '*Abril es el mes más cruel / y asediamos la ventura del ángel...*'¹⁰ o '*una fiesta de ángeles adolescentes...*'¹¹ o '*el aroma de tu piel / sobre el crepúsculo del ánge*'¹² o '*la resurrección de los labios / en una oscuridad con alas...*'¹³. El juego del autor es ambiguo y exacto,

10 "Presagio" en *ibid.*, p. 11.

11 "Tercer acto" en *ibid.*, p. 29.

12 "El aroma de tu piel" en *ibid.*, p. 31.

13 "Resurrección; en *ibid.*, p. 35.

a la vez: por un lado, dentro de la cultura urbana tan bien manejada por él, la primera asociación angélica remite al cruce de Reforma, Florencia y Río Tíber, y a esa *niké* mexicana que el arquitecto Rivas Mercado nunca imaginó transformada en el descaro de un ángel femenino, cuyo ascetismo es tan sospechosamente espiritual como el de la *Diana cazadora*. En otro nivel del significado, sólo lo que se augura en la antes citada ‘oscuridad con alas’ pareciera aludir a la condición mensajera en los ángeles, pues la angelología de Conde es, en todo caso, carnalmente terrible, sin ninguna connotación rilkeana, ya que, para él, no hay más religiosidad que la de los cuerpos. Si lo que he dicho es cierto, la lectura angelológica de Conde es moderna, desacralizadora y profana, y está más cerca de la idea de que los ángeles son, por ejemplo, las putas del cielo, o de que sus semblanzas cercanas deben buscarse en personajes ambiguos y deliciosamente perversos como los que pueblan cierta pintura prerrafaelista o la de Gustav Klimt, o de que su condición actual está prefigurada por ese ángel, no por celestial menos tentador, representado por Nastassja Kinski en *Tan cerca, tan lejos*, de Wim Wenders.

Finalmente, frente al tópico del alcohol, es necesario señalar que éste siempre aparece como emisario o agente propiciatorio de ciertas cercanías eróticas:

Agosto es lirio en el ojo de un gato
y leemos chorros de alcohol
en el acecho de las aves de rapiña

una piel que madura su tibieza
en la sombra de mi cuerpo, la sonrisa
que suaviza el licor del otoño más artero.¹⁴

14 “Presagio” en *ibid.*, p. 11.

En “Tercer acto”, los ángeles adolescentes se encontraban ‘bajo el imperio del alcohol’¹⁵, en “Resurrección”,

La noche impone su designio:
la ceremonia del alcohol
y la historia de los cuerpos...¹⁶

Buen capitalizador de una herencia de la poesía maldita, que Conde recibe por el lado del Modernismo y el Romanticismo mexicanos, el paraíso artificial del mundo erótico, presidido por Lilith, puede asociarse con ese otro, el del alcohol, inductor de estados de ánimo propiciatorios, de revelaciones diferentes, de desinhibiciones milagrosas, por no hacer menos la erudición cantinesca y el amor por la ciudad que, en el poeta, se vuelven parte de una nueva manera de nombrar al ser, pues ciudad, alcohol y erotismo son los emblemas de un nuevo paisaje que, a la manera de De Quincey, representan el novedoso destino de un artista que sabe viajar por el filo más oscuro del postromanticismo posmoderno.

Más allá de boleros, modernismos y erudiciones, con los cuatro mencionados, ya son suficientes los enigmas: ¿hacia dónde apuntan otoño, arena, ángeles, alcohol y el intruso corazón? A la indecible y parcial biografía de un órgano en el que los latinos quisieron colocar los impulsos de los sentimientos amorosos y eróticos, a la certeza de que ‘no se manda en el corazón’ porque *mi rival es mi propio corazón, por traicionero*. Lo que sus impulsos traicionan es el orden de los otros, de quienes no son *yo ni tú*, así como la propia idea racional de que hay jerarquías, instituciones, horarios, oficinas de Hacienda, embotellamientos de trán-

15 “Tercer acto” en *ibid.*, p. 29.

16 “Resurrección” en *ibid.*, p. 35.

sito, clases de redacción y fumarolas en el Popo: el corazón se vuelve intrusivo porque trastoca el principio de realidad, el deber ser, el superyó y el ámbito de la superestructura para arriesgarse en esa empresa, no por cotidiana menos virginal y renovada, del erotismo y del amor, la más célebre de sus enfermedades. Esto puede volver a decirse de la siguiente manera, si uno quisiera transvasar al poeta en formatos impíos: el corazón introduce en el ánimo, contra los sustos de la moral, cierta borrachera y un amor por los ángeles ante los que la arcilla de los hombres se yergue en el otoño..